

Para terminar quisiéramos anotar una pregunta que el autor se hace y su respuesta: ¿hasta qué punto el régimen de partido único, monopolista de la actividad política, caerá inevitablemente en el totalitarismo? Plantearse la sola pregunta es va, creemos, una derrota del sistema que pretende llegar a ser el más humano. Trotsky ya había anticipado el peligro del centralismo democrático de Lenin al decir que poner en el lugar del proletariado al partido, en el del partido al Comité Central, y en el del Comité Central al Secretario General, era llegar al poder absoluto de uno solo (p. 246). Este fenómeno no puede ser de ninguna manera atribuible a un solo hombre. Explicar fenómenos de esta naturaleza en base a “un hombre, es difícilmente compatible con una filosofía marxista de la historia”. También la hegemonía de un partido único fue criticada por Kautsky, quien dijo: “la institución de un poder absoluto por un partido minoritario en nombre del proletariado (es) la negación de la esperanza socialista; el socialismo sin democracia no es tal socialismo” (p. 255). Una última corriente neomarxista, representada por Isaac Deutscher, justifica en términos de necesidad histórica los hechos ocurridos en el pasado soviético: “Stalin, para arrancar a Rusia de la barbarie, hubo de utilizar procedimientos salvajes”. Ahora —dicen— sobrevendrá la democratización. Sin embargo, no hay comprobación que afirme “que el progreso económico basta por sí solo para promover un régimen políticamente democrático” (p. 263).

Ante estos “errores del régimen soviético surgen dos interpretaciones, llamadas optimista y pesimista, respectivamente. La primera, la de Deutscher, “refiere los fenómenos deplorables del régimen soviético a la fase de desarrollo económico, explicando la ortodoxia ideológica, el terrorismo, los juicios, los excesos del partido único, en base a la necesidad de la edificación industrial” (p. 267). Los otros, los pesimistas, explican “el régimen soviético por la burocratización total de la existencia afirmando que los fenómenos juzgados patológicos por los optimistas son inseparables de un régimen de absolutismo burocrático, de partido único y de ortodoxia ideológica” (p. 267). Los argumentos favorables a la Unión Soviética, y en contra de los pesimistas, se multiplican: el poder de los actuales dirigentes no es comparable al que poseyó Stalin; el Comité Central parece haber ganado terreno; las relaciones con Occidente han mejorado; el nivel de vida ha aumentado con motivo de una política orientada a la producción de bienes de consumo, etcétera. Sin embargo, se dice que todos esos cambios no han alterado lo fundamental del régimen soviético: el monopolio del partido; el absolutismo burocrático y la ortodoxia ideológica. De esto último, y del análisis final, Aron obtiene una de sus conclusiones que se nos antoja, dentro del pensamiento del autor y del espíritu del texto, fundamental: “Los dos regímenes son, como tales, imperfectos, pero la imperfección no es de la misma naturaleza en ambos casos. Los regímenes constitucional-pluralistas llevan consigo imperfecciones de hecho, la imperfección del régimen de partido monopolístico es esencial.” (p. 287.)

*Jorge González Teyssier*

Bavelier, Alain. *Le Commerce Exterieur*, Presses Universitaires de France, París, 1969, 130 pp.

El comercio exterior ha dejado de ser, desde hace muchos años, el asunto de algunos comerciantes aventureros y de algunos productos muy especializados o muy

remuneradores. Hoy en día es un factor normal y necesario del desarrollo de todas las ramas económicas modernas.

El libro de Bavelier está dedicado a mostrar, en forma breve, cómo se ha formado y reconstruido, a partir de 1945, el sistema de intercambios mundiales, el desarrollo realizado en el sector durante los últimos 20 años, los problemas que se presentan a las naciones noratlánticas y, finalmente, por qué los países de Europa del Este y los del mundo subdesarrollado han permanecido al margen de este movimiento.

A fines del siglo pasado la elevación de niveles de vida en los países más avanzados y la creación de industrias nuevas, entrañó un aumento de la demanda en estos mismos países y una diversificación de los intercambios recíprocos. El comercio exterior creció considerablemente y pasó a formar un lugar muy importante en la economía de los países europeos. Al mismo tiempo los nuevos países (Canadá, Australia, Argentina y en cierta medida Japón) ofrecían un magnífico mercado para la colocación de manufacturas, capitales y el envío de colonos del viejo mundo.

La I Guerra Mundial modificó el equilibrio de fuerzas políticas. A su vez, el período entre ambas contiendas mundiales se puede resumir como la tentativa infructuosa para restaurar el original sistema sobre el que descansaba la organización de los intercambios, es decir, la supremacía europea y la libre circulación de mercancías y de capitales. Al ideal de una división internacional de las tareas lo sustituyó el de un desarrollo nacional autónomo agudizado por la crisis de los años 30.

La II Guerra Mundial vuelve a alterar radicalmente el equilibrio de fuerzas. Europa sale de la contienda más desfavorecida que en 1918.

A diferencia de la primera posguerra, los Estados Unidos aparecen plenamente conscientes de sus responsabilidades. La administración estadounidense había preparado planes detallados para la reorganización de las relaciones económicas internacionales una vez terminada la contienda. Nuevas instituciones internacionales sustituirían las decisiones arbitrarias en materia económica, papel que se encomendó al FMI, al GATT y a la OCEC. Los fondos puestos a disposición de los países europeos por los Estados Unidos fueron decisivos para la recuperación de la economía y los intercambios de los países beneficiarios.

Con el éxito de la Unión Europea de Pagos, existieron los estímulos prácticos para una organización europea más compleja. La CEE nació en 1959 y una década después ha llegado a ser un polo de atracción económica y política de influencia cada vez mayor en el mundo. Contra las previsiones apuntadas, lejos de ser un factor de disminución de los intercambios mundiales, éstos se han incrementado considerablemente con el surgimiento de la Comunidad. La CEE es actualmente el primer importador mundial, particularmente de productos primarios y energéticos.

Las relaciones contemporáneas entre los Estados Unidos y Europa se caracterizan por la persistencia de un importante desequilibrio comercial en favor de Norteamérica, por un flujo de capitales de inversión estadounidense en Europa y por una disparidad creciente de los niveles tecnológicos. La persistencia del déficit en los intercambios es debida a las cantidades considerables de productos brutos (productos agrícolas, materias primas e hidrocarburos) que Europa no alcanza a compensar con exportaciones. Por el contrario en las ramas tradicionales de la industria (siderurgia y textiles) los Estados Unidos son deficitarios frente a los europeos; pero en las ramas industriales avanzadas la potencia estadounidense se vuelve a imponer con énfasis.

Ante el temor de quedar separados de Europa por el surgimiento de la CEE y el

movimiento endógeno que suscitó sobre otros países, los Estados Unidos propusieron negociar ante el GATT una serie de compensaciones en contrapartida a la adopción de la Tarifa Exterior Común por la CEE. De ello se ocuparon las negociaciones Dillon, primero, y la Rueda Kennedy, después, llegando a resultados benéficos para ambas partes en materia de reducciones arancelarias con lo que respecta a los productos industriales, pero casi nulos en materia de productos agrícolas. También se llegó a un acuerdo para la suspensión de ciertas protecciones no arancelarias practicadas particularmente por Estados Unidos.

Por importantes que sean las condiciones arancelarias, éstas juegan un papel más modesto sobre la regulación de los intercambios que en otras épocas. En efecto, las inversiones internacionales permiten salvar los obstáculos aduaneros y el último decenio las ha visto acrecentarse considerablemente. Europa, con su rápido desarrollo económico, ofreció un fuerte atractivo sobre las inversiones estadounidenses. En 1958 las inversiones norteamericanas en el viejo mundo sumaban 4.6 miles de millones de dólares, en 1967 ascendían a 17.8 miles de millones. Los dos tercios de las colocaciones estadounidenses se concentran en las industrias de transformación mecánica, electrónica, química, material agrícola, automóviles, y un quinto de esa suma se localizaba en la industria petrolera.

La tecnología es otro factor contemporáneo que pone en ventaja a la economía estadounidense. Al esfuerzo desplegado por Estados Unidos durante la II Guerra Mundial atribuye Bavelier el primer distanciamiento entre las industrias norteamericana y europea, que podría haber sido cubierto si la carrera al espacio no hubiese obligado a realizar colosales inversiones en el dominio de la investigación a la potencia estadounidense. Las consecuencias han sido una dependencia creciente de los países europeos con respecto a Estados Unidos en materia de patentes y licencias.

Por lo que respecta al comercio exterior de Francia, el autor señala que dada la poca tradición y la presencia de una economía insuficientemente adaptada para estar a la altura de los miembros de la CEE, Francia ha quedado al margen de ciertos aspectos. Sólo unos datos para mostrar las dificultades francesas en la materia: de 65,000 empresas existentes en Francia, según datos de 1962, 60,000 de ellas no exportaban y 140 realizaban el 45 % de las ventas francesas al exterior.

Otro aspecto interesante del trabajo de Bavelier es la parte dedicada a los problemas del mundo subdesarrollado. Formado por más de tres cuartos de la población mundial, el mundo subdesarrollado cuenta con sólo un quinto del producto bruto del globo. Su producción no tiene prioridad en ningún sector de la industria manufacturera, sólo ocupa lugar prioritario en la extracción de hidrocarburos, y ciertos metales secundarios como el estaño y la bauxita. También ocupa un lugar importante en la producción agrícola, pero de artículos poco esenciales o expuestos a la competencia de sucedáneos sintéticos (café, cacao, te, hule, algodón, seda).

El lugar que ocupa el llamado Tercer Mundo es relativamente modesto por lo que se refiere a los intercambios internacionales. Hasta la primera mitad de este siglo su posición fue en ascenso en la escala relativa, pasando de 21 % en 1913 a 31 % en 1948, para empezar a caer desde entonces y no sumar más que 19 % en 1966.

Para Bavelier es difícil evaluar el lugar que ocupa el comercio exterior en la economía del mundo subdesarrollado, dado que existen muchas dificultades para evaluar la producción agrícola de subsistencia y el sector artesanal, renglones de importancia nada despreciables en estos países. Otro problema lo representa la

enorme diversidad y las profundas variaciones que existen cuando se trata de medir la importancia de los intercambios externos en países de regímenes económico-políticos tan diversos.

Resulta obvio para el autor que hay una relación de precios de intercambio desfavorable a los países subdesarrollados; pero pone seriamente en duda que se trate de una "tendencia secular", desde hace casi un siglo, como lo afirman ciertos estudios de la Sociedad de Naciones y posteriormente de las Naciones Unidas. En tales estudios aparecerían deformaciones debido a no haberse tomado en cuenta la sobrevaluación de la libra esterlina en el último cuarto del siglo pasado, la disminución efectiva del costo de los productos manufacturados con respecto a las materias primas como resultado de aumentos en la productividad industrial y el descenso en los costos de los fletes. Por el contrario en los últimos 15 años los términos del intercambio hubieran afectado seriamente al mundo subdesarrollado pasando del índice 124 en 1951 a 100 en 1958 y 88 en 1967. Las causas del deterioro el autor las encuentra en un aumento excesivo de la oferta de los artículos tradicionales de exportación, competencia de sucedáneos sintéticos e importaciones de bienes de capital de valor unitario más elevado.

El capítulo XI está reservado a la importancia creciente de los países de Europa del Este como mercado para los productos manufacturados europeos occidentales y abastecedores de materias primas. Para la mayor parte de los países europeos occidentales los mercados del Este representan colocaciones tan importantes como las que realizan en el mercado norteamericano. Los obstáculos para un crecimiento más rápido en los intercambios se derivan de factores propios de los países socialistas: aparatos burocráticos poco flexibles y no habituados a los intercambios masivos con el Occidente en contraposición a lo que ocurre entre ellos (los miembros del Consejo de Ayuda Económica Mutua efectúan dos tercios de sus intercambios entre ellos), rigideces derivadas del sistema de cuotas y de la inconvertibilidad monetaria. De parte de los países occidentales tampoco hay grandes posibilidades de aumentos espectaculares en productos de importación del Este, tomando en cuenta que las materias primas e hidrocarburos que exportan los socialistas se enfrentan a una gran competencia en el mercado internacional.

Finalmente, el capítulo XII está dedicado al ejemplo del Japón que, con una política deliberada, en un siglo se ha convertido en la tercera potencia económica del mundo utilizando para ello, con habilidad extrema, el comercio exterior.

En resumen es una obra cuyo valor esencial reside en una actualización resumida sobre un tema vital para las relaciones económicas contemporáneas y para los países en vías de desarrollo.

*Leopoldo González Aguayo*

Braudel, Fernand. *La historia de las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid, 1968.

*La historia de las ciencias sociales* es una selección de escritos polémicos del historiador francés Fernand Braudel. Las tesis que sustenta están relacionadas con las nuevas concepciones de las ciencias del hombre. Critica modelos teóricos, históricos y sociológicos, utilizando los conceptos de duración larga y corta, cultura y civilización. Reconoce al mismo tiempo los méritos de los escritores que han contribuido